



Rasgue mi pluma yelz
de aquesta region los vientos,
duplicando con sus ayes,
divulgando con sus ecos,
para hacer notorio á el mundo
el mas tragico successo,
que en las alas de la fama
van publicando los tiempos.
Y para que mi discurso
desta vez salga ligero,
pido que me dê su auxilio.
MARIA, Reina del Cielo,
Diciendo, que en Barcelona,
rico, y estimado Puerto,
nació da mui nobles padres
una Dama, á quien los Cielos,
con su preciosos buriles
dibuxaron por extremo:
llamada Doña Maria,
los apellidos no puedo
declarar, porque lo impiden
muchos nobles Caballeros.
Digo, pues, que esta señora,
con las ansias de Hymeneo,
herida del Dios vendado,
se pagò de un Escudero
de su padre, a el qual le llaman
Don Geronymo Oliveros,
galan, discreto, y bizarro.
Con que aquesta niña viendo
la peca forma que havia
de entrar en los lazos tiernos,
y coyundas del amor,
para lograr sus deseos,
dispusieron ausentarse
una noche, que en su peso
ocultaba con sus sombras
las luces claras de Phebo.
Tomò esta niña las llaves,
amparada del silencio,
se llegó á el mismo escitorio

de su padre, donde ha puesto
hasta quatro mil doblones,
con su ropa, y salió presto
a donde aguarda su amante;
pero como nunca fueron
el amor, sin la deidicha,
assi vino a ser aquesto,
porque a el abrir una puertaz
el padre, que esta delpierto,
se levantò presuroso
dando voces, y diciendo:
Hijos de mi corazon,
mirad por el honor vuestro.
Los hijos, que a questo oyen,
toman armas, y ligeros
baxan por el escalera;
pero les salió á el encuentro
Don Geronymo, que prompto
desnudò su fuerte acero.
A el ruido de las voces
los vecinos acudieron,
se llenò toda la casa,
y Don Geronymo viendo
tan cercano su peligro,
procurò el irse saliendole
a la calle, y con sigilo
fue a su casa, y de secreto
estuvo algunos dos meses.
Pero en este estado dexò
a Don Geronymo, y volvió
a la señora, que tuvo
que viò el pl. ito mal parado,
se encerrò en un aposento,
sin querer abrir a nadie,
hasta que echaron al suelo
las puertas, y la sacaron,
dandole muchos consejos
la meten en las Descalzas.
Ya Don Geronymo vuelvo;
que con cuidado, y sigilo
procura ir adquiriendo

aquel hermoso compendio,
hasta que alcansó a saber,
que asistia en el Convento
de las Monjitas Detcalzas;
tomó papel, y tintero,
y notandole, decia:
Dulce, y regalado espejo,
imán de mi corazon,
dueño de todo mi anhelo,
yo Don Geronymo soi,
el que se obliga a quereros,
a costa de los corales,
que mis venas tienen dentro;
y si tu gustas, quisiera
el sacarte deste Pueblo,
que para la execucion,
en un Navio ligero,
de un intimo amigo mio,
el viage dil pondremos.
Responde, dueño querido,
mira que te estimo, y cierto
solo la respuesta aguardo:
Don Geronymo Oliveros.
Tomò la niña el papel,
de una tercera por mzdio,
y viendo las circunstancias,
respondió: Querido dueño,
puesto que tu te dispones
con animo tan resuelto
a llevarme, yo estoi prompta,
a donde quieras irèmos,
que soi la que te idolatra
con el corazon, y espero
en las tapias de la huerta
a las doce, que el silencio
de la noche, nos darà
a todo lugar, y tiempo.
Con esto entregò el villete,
suplicandole el secreto;
y así que viò su amante
el papel de aquel lucero,
las lagrimas se le salen
por los ojos de contento.
Mas por abreviar razones,
el viage disponiendo,
y a la siguiente mañana,

furcaban las verdes ondas
de aquel pielago soberbio,
si muy contento el amante,
la señora nada menos.
Pero al cabo de ocho dias,
que fueron con feliz viento,
una apacible mañana,
a salir el rubio Phebo,
divisaron tres Fragatas
de Argelinos tan soberbios;
que cercaron el baxèl.
Aqui fueron los lamentos
de aquesta triste señora,
porque con sollozos tiernos,
abrazandose a su amante,
le decia: A Dios, espejo,
que ya nuestra adversa suerte
nos abate por el suelo.
Diciendo aquestas razones,
luego en aqueste intermedio
una Galeota llega,
y echòle la gente dentro.
Se salió fuera el amante,
a su querida diciendo:
Vistete en trage de hombre,
y serà el mejor acierto,
por si nos llevan captivas,
que vivas con mas secreto.
Pero apenas salió a fuera,
se entremetiò entre el estruendo,
de la algazara y la guerra,
que hacian los Marineros;
mas fue tan mala su suerte,
que cayó de los primeros.
Quando salió la señora
ya en trage de Marinero,
mirando à un lado, y a otro;
viò a su consorte muerto,
formando un tieño suspiro
cayo redonda en el suelo,
y despues que volvió en si
se viò cargada de hierros.
Donde a esta primera parte
darè fin, que les prometo,
si me prestan atencion,
dàr en otra el cumplimiento.

R. 22. 394
F I

N.

✠

SEGUNDA PARTE DE LOS SUCESSOS DE ESTA SEÑORA, Y EL
dichoso fin que tuvo, muriendo por la Fè Catholica.

SUpuesto, auditorio insigne
que prometí el cumplimiento
en esta segunda parte,
con mal repetidos versos,
digo, que aquesta señora,
apenas en Argel dieron
con los captivos Christianos,
en la plaza los pusieron,
menos à Doña Maria,
que de dolor, à los Cielos
està pidiendo venganza
de la muerte de su dueño,
y le dice al Capitan:
Sabad, señor, que yo quiero
andar en tu compañía;
que por mi vida prometo
el seguirte, aunque supiera
perder el vital aliento;
y para que mas bien creas,
que es verdad quanto refiero,
desde aqueste mismo instante
de la Ley de Dios reniego,
porque solo he de seguir
de Mahomá los preceptos;
y si nos vemos à solas,
te descubrirè un secreto,
dandote una industria, hija
de un fundado vituperio,
recibido de mis padres,
causa porque yo padezco.
Oyendo aquestas razones
el Capitan, dixo: Cierto,
que es noble, y de buen discurso
el bueno del Marinero,
y he de llevarlo à mi casa,
pues como hijo pretendo
tenerlo, porque su agrado
me obliga à amor, y respeto.
Doña Maria responde:
Solo servirte deseo,
Gran señor; y porque sepas,
que te estimo, escucha atento:
En la insigne Barcelona,
de España un lucido Puerto,
havrà diez, ò doce dias,
que se ausentó de esse Pueblo

una principal señora,
con un noble Caballero,
hija es de un Potentado,
hombre de grande respectos;
y no se sabe si fue
por tierra, ò por mar aquestos;
que la nao que has cogido
la trahía un Caballero,
que la salió presuroso
a buscar por muchos Reinos;
con que assi, si te parece,
entre todos dispondremos
una carta que enviarle
à este noble Caballero;
pues previniendo tu gente,
un Lenguaràs llevaremos,
que por donde yo dixere,
una legua, poco menos,
irèmos de la Ciudad,
amparados del silencio:
llegarèmos una noche
a una estancia, donde havemos
de ocultarnos, y de allí
el recado mandarèmos
a el padre desta señora,
y busca para este efecto
un hombre de confianza,
que tu veràs como hacemos
un hecho tan admirable,
que le celebren los tiempos.
Oyendo aquestas razones,
le echò los brazos al cuello;
diciendo: Amigo, y señor,
la libertad te prometo,
y si tu gustas casarte
con una hija que tengo,
como esta industria se logre,
seràs de mi casa dueño.
Salieron el mismo dia,
dandole velas al viento.
A el cabo de cinco dias
este desembarco hicieron
una noche tan obscura,
que dà pavor a los vientos,
y en una Quinta del padre
se ocultaron, y escribiendo
esta



esta señora decia:
Padre, y Señor, ya no puedo
sufrir trabajos tan grandes;
pues por el mal pensamiento
de un falso dueño, engañada
en esta Quinta me veo,
fatigada de congoxas,
con un dolor tan violento,
que el corazón me traspasa,
pues he perdido el pretexto,
que tenia de ser Monja,
por este tyrano acerbo,
que cobró de me dexó;
con que así, padre, te ruego,
que no mireis mis agravios,
pues de Dios tendreis el premio:
mirad, que soi vuestra hija,
y culpada me confieso;
que si merezco de Dios
ser Esposa, yo prometo,
dando à mi cuerpo cilicios,
restaurar el vituperio.
Con esto cerrò el papel,
su fecha, y nombre poniendo;
el qual por un Renegado
fue llevado a el pobre viejo,
que de contento lloraba,
ya de su hija sabiendo.
En aquella misma hora
fue tal acompañamiento,
que se juntò de Señoras,
y de nobles Caballeros,
que eran mas de cien personas;
pues guiados del pervertido
Renegado, van à dar
donde estan los compañeros.
Seis Caballeros mataron,
y los demás fueron presos:
pulsò a el padre a una mazmorra,
diciendole: Infame viejo,
aquí verás como pagas
de mi amor los vituperios:
Como de Dios no reniegues,
has de ser tu el escarmiento
de los padres que le quitan
à las hijas sus pretextos.
Y a ti, señor Capitan,
que yo soi muger confieso,
ponme el nombre que quisieres,
y has de mo absoluto dueño.

Mas viendola el Capitan
tan hermosa, fue contento
de tenerla por compañía,
y en sus barbaros fieros
el espacio de dos meses
passarian, poco menos.
Y una mañana, que à solas
las prisiones iba abriendo,
fue a visitar à su padre,
llevada de aquel intento,
que tenia de hacer burlas;
pero el viejo no pudiendo
sufrir tan grandes pesares,
alzò la mano, y le ha hecho
saltar por los ojos sangre
de un rebès, y ella corriendo
saliò à fuera dando voces.
Su esposo talidò a el encuentro,
diciendo: Quien te agraviò?
Viven los divinos Cielos,
que mañana en aquel dia
desnonrado ha de ter muerto.
Ella entonces le responde:
Quien me agravia es este viejo.
El More lleno de furia,
lo encerrò en un aposento,
y con licencia del Rey,
luego al dia venidero
lo sacaren por las calles,
y Doña Maria viendo,
que à su padre lo quemaban,
tantos fueron los lamentos,
las lagrymas, los suspiros,
que de dolor ya no puedo
declararlos, pues decia:
Ay padre amado, y que siento
el haver sido la causa,
por mi mal entendimiento,
perdiendole el miedo a Dios!
Pero si ya no hai remedio,
que has de morir a mi vista,
contigo morir pretendo.
Y diciendo estas razones,
ella misma se echò al fuego;
predicando de la Iglesia
los Divinos Ministerios,
y ensalzando sus potencias,
à Dios el alma le dieron.
Y Juan de Ribera humilde
pide perdón de sus yerros.